

La abuela.

Mamá dijo que ella va a volver. Me mandó a poner la mesa para cenar y dijo que deje de llorar, que de verdad va a volver, que me lo promete. Quería creerle, después de todo, es mi madre, ¿por qué me mentiría?

*Hace poco estuve en la casa de la abuela. Su casa es grande, pero nunca salimos al patio porque a ella no le gusta. Esa vez, las sillas estaban afuera. Nosotros llevábamos unas cosas para tapar nuestra boca y papá me hizo elegir entre el vaso de Las Chicas Superpoderosas y el de Los Simpson. Elegí el segundo. Me habían dicho que era para no enfermarnos, pero no pude entender... La última vez que fuimos a la casa de los abuelos no llevamos vasos, porque ellos tienen uno especial para mí, también de Los Simpson, pero esta vez no me dejaron usarlo. Además, cuándo estaba en segundo grado me salieron unas manchitas en el cuerpo, me picaba mucho y mamá dijo que me había enfermado; pero no tuve que taparme la boca con una tela como hicimos esa vez...*

En la cena papá me cuenta una historia. Dice que la abuela, cuando era chica, se maquillaba mucho, especialmente con un labial rojo, para parecer más grande y que así los chicos que cobraban entradas la vieran y la dejarán entrar gratis al cine. Yo estaba un poco confundida, pero papá dijo que a ella siempre le funcionaba...

*El día que fuimos a la casa de la abuela, llevamos con mamá una bandeja de diez medialunas que habíamos preparado nosotras mismas el día anterior. Mientras las poníamos en un plato ella dijo -Una para cada uno-Y me sonrió. Conté las facturas y conté a las personas que estaban en el patio, tres veces para no confundirme. Corrí desesperada buscando a mamá, necesitaba preguntarle: -¿No vienen los primos?- Me contestó con una risa: -No se puede, ya somos diez- ¿Diez? Sí, yo ya sabía que éramos diez, había contado tres veces. Pero no pude entender que quiso decir con eso de ``no se puede''. ¿No puedo ver a mis primos? Pero si el domingo pasado ellos estaban acá, sin telas en la boca y sin vasos especiales para elegir.*

Después de cenar, corrí hacia la habitación de la abuela. Había un olor particular. Siempre pensé en que debe existir alguna fábrica especial para perfumes de abuelas, sino fuera así ¿por qué todas tienen el mismo olor? Busqué entre sus cajones, la había visto hace poco pero de todas maneras la extrañaba muchísimo, así que estaba decidida a encontrar ese ``perfume de abuela''.

Vi en uno de los cajones un bolso viejo, chiquito, estaba un poco roto... Lo abrí con miedo, no quería que mamá o papá se asomaran y me vieran revisando las cosas de la abuela. Adentro habían muchos papeles, eran como esos que te dan en la heladería para cuando se te derrite el helado o te manchas mucho la boca. Solo que estos no tenían helado, tenían manchas rojas. Metí mi mano hasta el fondo y sentí una especie de tubito metálico. Lo saqué. Quedé

fascinada, parecía algo único. Había visto un labial antes, mamá tiene muchos pero no me los presta. Nunca tuve uno en mis propias manos. Nunca tampoco uno tan especial: el labial rojo de la abuela.

Toqué mi ropa y recordé que en mi pantalón había un bolsillo muy grande y agradecí no estar llevando una pollera o vestido hoy. Guardé el labial con mucho cuidado y salí como escapando de algo de la habitación.

*Era lunes, me desperté sola. El sol ya había salido e iluminaba toda mi pieza. Me refregué los ojos, esperé unos segundos. Mamá no aparecía. Ella nunca fallaba, pero esta vez no me despertó con el vaso de chocolatada y las facturas de todos los días. Tampoco estaba el uniforme del colegio colgado en el placar. Bajé las escaleras y vi a mamá sentada trabajando en su computadora. -Hoy no hay escuela- dijo- No se puede-. Y otra vez estaba ahí, el famoso "no se puede", pero, ¿por qué? Me contestó, como si hubiese adivinado que en mi cabeza estaba gritando aquella pregunta: -No se puede por la enfermedad ¿te acordás? Pero no importa, hoy vamos a visitar a la abuela porque se siente mal- La miré confundida y subí a mi habitación. ¿Se siente mal? ¿Está enferma? ¿De qué? A ella nunca le pasa nada. Había escuchado a papá hablar sobre algo llamado coronavirus mientras veía el noticiero, pero nunca le di importancia porque no sabía de qué se trataba...*

*Llegamos a su casa. La abuela estaba acostada en la cama con una tela mojada en la cabeza. Me dijo hola, pero no sonrió. Todos teníamos, otra vez, esas cosas tapando nuestras bocas, pero ella no. -No te acerques mucho- dijo papá. -No te saques el barbijo- dijo mamá. Mi cara cambió, estaba triste ¿por qué no puedo abrazar a mi abuela? El abuelo me vio - La abuela está muy enferma y necesita descansar, vení, vamos a jugar- dijo. Yo no quería. Quería estar cerca de la abuela, quería que ella me explique porque no me sonrió, por qué no me dio un beso, por qué no apretó mis cachetes como siempre hace cuando me ve, por qué hoy no puedo sentir su olor... Pero de todas formas, fui. -Chau, abuela- dije- te quiero mucho-. Se dio vuelta para verme, saludó con sus manos y empezó a llorar. Mamá me empujó fuera de la habitación y cerró la puerta...*

Todavía con el labial en el bolsillo, nos fuimos. Papá se quedó con el abuelo, dijo que él necesitaba compañía. Miraba por la ventana cuando de repente mamá frenó. Me di cuenta que tenía el teléfono en la mano. Hablaba pero no podía escuchar con claridad lo que decía. El teléfono se cayó de sus manos. Se dio vuelta, pude verla bien, le caían muchas lágrimas y sus ojos estaban rojos como si hubiese llorado todo el día. -La abuela se fue, no va a volver- dijo muy despacito, como si tuviese miedo de pronunciar las palabras que sabía terminarían rompiendo la promesa que hoy había hecho. -¿Cómo que no va a volver?- le pregunté. Juntó fuerzas, respiro hondo, se secó las lágrimas y dijo: -¿Te acordás que te dije que estaba enferma? Bueno, estaba demasiado enferma, los doctores la intentaron ayudar pero al final no pudieron y ahora ella está en el cielo, como el perro-. Yo sabía lo que eso significaba. Hace mucho papá dijo lo mismo de nuestro perro que había desaparecido de la nada. Dijo que estaba en el cielo, en un lugar mejor. Al otro día le conté a mis compañeros en la escuela. Todos se rieron. -¿En el cielo?-me dijo Luciana, una nena insoportable que está todo el día jugando a las muñecas -Tu perro está muerto, no va a volver más-. Gracias a Luciana sabía que lo que mamá quería decir es que la abuela había fallecido. Que de verdad no la iba a ver más.

Llegamos a casa, me acosté en la cama, quería llorar como mamá, porque estaba triste de verdad, pero no podía. Ella entró al cuarto enojada, otra vez con el teléfono en la mano.

-¿Tenés algo que mostrame?- dijo. La miré confundida y ella se rió como si se burlara de mí: -Adentro de tu bolsillo, ¿qué tenés ahí?- Me había descubierto... -¿Quién te contó?- pregunté. Se acercó a mí, furiosa y decidida a quitarme el labial de las manos. Pero, de repente, a medio camino, se frenó. -El abuelo- dijo- él me llamó, dice que estuvo revisando las cosas de la abuela y no lo encontró, pero dijo que podés quedártelo de recuerdo- Colgó el teléfono y se fue de la habitación.

¿De recuerdo? Yo quería tenerlo para maquillarme como la abuela, no quería un recuerdo. En el colegio nos dijeron que los recuerdos a veces nos hacen llorar, y yo no quería llorar. Yo quería recordar a la abuela, pero feliz, apretando mis cachetes e impregnando su olor en mí. De repente, las lágrimas comenzaron a salir. Con todas mis fuerzas guardé el labial en el fondo del cajón. Y mirando al cielo, mientras veía una estrella a lo lejos, guardé todos aquellos recuerdos que sabía que nunca se iban a ir, adentro del cajón de mi interior...

Von.